

De tebeo

La fiesta melancólica de Jason

Pocos autores de cómic hay —si alguno— tan inequívocamente reconocibles como Jason. El dibujante noruego que firma con ese nombre, John Arne Saeterøy (Molde, 1965), estableció desde sus primeros títulos, *Espera...* (2001) y *¡Chhh!* (2002), una gramática gráfica y narrativa que ha caracterizado desde entonces toda su obra. *Siempre nos quedará Pamplona* (Astiberri) se añade a su ya extensa producción siguiendo las mismas pautas.

Protagonizan las historietas de Jason animales antropomorfos, seres humanos con cabeza de animal, de perros o pájaros, a los que distinguen las formas y el blanco o negro de hocicos y picos, de orejas y pelambres. Dichas máscaras no están trazadas a fin de exagerar la expresión de los rostros, pues las caracteriza una enigmática impasibilidad que requiere al lector descifrarlas en cada escena. Jason ha evocado en alguna ocasión el ejemplo de Buster Keaton para explicar que la rigidez de los rostros de sus personajes pretende implicar al lector.

Igualmente estricta es la estructura de página de sus historietas, que utilizan una plantilla fija, salvo muy ocasional excepción. *Siempre nos quedará Pamplona* emplea su molde habitual de cuatro viñetas de igual tamaño. Nada en la composición distrae del curso del relato.

También los mecanismos narrativos obedecen habitualmente a pautas rigurosas que el autor se impone como reglas. Jason prescinde por lo general de voz narrativa que conduzca el relato y encadena las escenas mediante elipsis que el lector debe desentrañar. Muestra, además, una marcada preferencia por los planos de cuerpo entero, que revelan la acción de los personajes. Su modo de narrar parece, en suma, un ejercicio constante de neutralidad, de distancia con respecto al relato.

Siempre nos quedará Pamplona reitera el exigente marco formal que Jason impone a sus cómics, como si de reglas métricas y estilísticas de un poema se tratara. Pero también deja ver la libertad con que, a partir de dichas reglas, imagina sus historias y hasta el humor con que las aplica. El autor compone sus argumentos conjugando personajes y sucesos reales e imaginarios, dando rienda suelta a la invención, al ingenio y a la ironía con un espíritu creador que parece francamente festivo.

La obra tiene por protagonista a Ernest Hemingway y las tres partes en que se divide lo sitúan en escenarios y momentos diferentes: París en 1925 y el 27 de agosto de 1944, tras la liberación de la ciudad de los nazis, y



Cuba en 1959. A aquél se suman otros personajes reales, como Scott Fitzgerald, Max Ernst o Harold Loeb, y al menos uno imaginario, Athos, el primero de los tres mosqueteros, que se presenta ataviado como tal.

Jason introduce a los personajes mediante los diálogos y su contexto. Al lector le compete reconocerlos, identificar, por ejemplo, a Sylvia como Sylvia Beach, la librera de *Shakespeare*

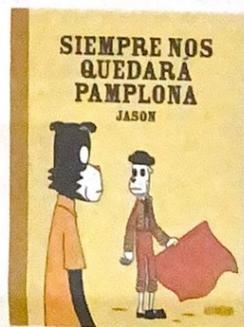
and Co., en París, y a su amiga Adrienne como su colega Adrienne Monnier. El acicate del reconocimiento es una de las recompensas dispuestas para el lector. No faltan las bromas. Cuando los personajes no encuentran su camino de vuelta al hotel en Pamplona, uno exclama: "Somos una generación perdida", adelantando la etiqueta que les aplicó la historia literaria.

La primera parte, que se centra en un viaje de la cuadrilla de Hemingway a Pamplona para disfrutar los Sanfermines, narra sucesos verosímiles, quizá verificables. La segunda es ficción desbocada: el escritor prepara a un grupo de comandos para asesinar a Hitler, cosa que afirma haber logrado.

La tercera parte, la más breve, es una especie de coda en la que Hemingway oficia de narrador, quebrando los usos habituales de Jason, y recuerda a su modo la amistad con Athos. Dado que vuelve a narrar algunos episodios del inicio de la obra, el lector comprende que tergiversa y exagera, lo cual es quizá apropiado en una obra que ignora las fronteras entre lo real y lo fanta-



Jason impone a sus cómics un exigente marco formal, como si fueran reglas métricas y estilísticas de un poema



seado. Hemingway el narrador termina preguntándose "¿Quién no querría ser una leyenda? ¿Quién no querría vivir eternamente?"

Fanfarrón en la realidad e impasible en el retrato animalizado de Jason, el protagonista afronta la cuestión siempre irresuelta de la fama, literaria o no. Hemingway tiene ocasión de trabar amistad con un personaje de ficción popular, que sufre como cualquiera ilusiones y desengaños pero queda siempre en la memoria, aunque su indumentaria y modales ya cayeron en desuso.

Jason propone, en suma, entre guiños cómplices e ironías, una reflexión sobre la fuerza y las debilidades de la ficción a la que dedica su esfuerzo desde hace dos décadas largas. Su obra ha traducido a normas para la invención angustias reales y ha ensanchado los amplios territorios de la ficción, fantaseando, tergiversando, jugando sin olvidar del todo los lastres de lo real.

Jason invita a la fiesta en Pamplona, al ideal de un disfrute que no conoce límite ni olvido. Pero los seres que dibuja con su trazo preciso dudan y sufren tras la máscara. Hasta sus ilusiones más puras, sus entusiasmos más tenaces padecen la melancolía de lo real. Viven la fiesta solo a condición de reconocer que es transitoria.

Juan Manuel Díaz de Guereñu



Hemingway es el protagonista y se le suman otros personajes reales, como Scott Fitzgerald, Max Ernst o Harold Loeb, y el mosquetero Athos

La ciudad de la felicidad

'Quienes se marchan de Omelas' (Nórdica), de Ursula K. Le Guin, es una historia utópica con un trasfondo ético

¿Cuántas personas aceptarían ser felices a cambio de la infelicidad de un niño? ¿Cuántas personas renunciarían a su felicidad si con ello evitasen la infelicidad de otros? ¿Cuántas personas cambiarían una vida próspera por otra modesta si así los menos afortunados viviesen mejor?

En su relato *Quienes se marchan de Omelas*, Ursula Kroeber Le Guin (1929-2018), autora estadounidense de una amplia obra y maestra de la ciencia ficción, describe una ciudad feliz, llena de júbilo. Sus habitantes "se las apañaban sin monarquía ni esclavitud, tampoco tenían bolsa, publicidad, servicios secretos ni bombas atómicas". No son "gentes simples, ni dulces pas-



Ursula K. Le Guin

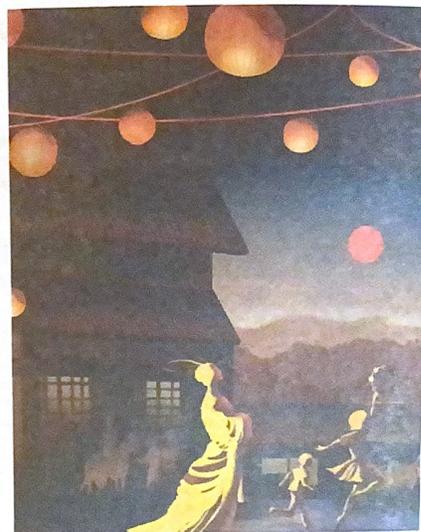
torcillos, ni buenos salvajes o insulsos idealistas", sino "adultos maduros, inteligentes y apasionados".

No hay culpa y sí satisfacción, "que nace en cualquier lugar de la comunión con las almas más notables y hermosas de todos los seres humanos y del esplendor del verano del mundo: eso es lo que inflama los corazones de los habitantes de Omelas, y la victoria que celebran es la vida".

Sin embargo, su felicidad se sustenta sobre un hecho escalofriante: el sufrimiento de un niño, al que mantienen encerrado en un sótano, en condiciones inhumanas. Todos saben que "su felicidad, la belleza de su ciudad, la ternura de sus amistades, la salud de sus hijos, la sabiduría de sus eruditos, la habilidad de sus artesanos, incluso la abundancia de sus cosechas y las venturosas condiciones de sus cielos dependen por



Ilustración de Eva Vázquez incluida en *Quienes se marchan de Omelas*



entero del abominable sufrimiento de esta criatura". Lo correcto sería librar al niño de su desgracia, pero entonces "toda la prosperidad y la belleza y el encanto de Omelas se marchitarían y desaparecerían". Unos pocos habitantes no soportan esa situación y abandonan la ciudad, pero la mayoría acaba por aceptarla.

Quienes se marchan de Omelas tiene un gran contenido ético. Pone en primer plano la injusticia, la culpa y las condiciones de la felicidad.

Esta edición está ilustrada por Maitte Fernández, que aporta unas imágenes bellas, con claroscuros y gran viveza.

Roberto Ruiz de Huydobro